

Los Latinoamericanos en Québec: una realidad particular*

Victor Armony**

“Creía que inmigraba a Canadá, pero pronto descubrí que, en realidad, había inmigrado a Québec”. Con ligeras variantes, esta frase – a veces pronunciada con exasperación, otras con resignación – ha sido repetida hasta el cansancio. La tan mentada “sociedad distinta” es, sin lugar a dudas, un hecho sociológico. Más allá del discurso independentista y la realidad omnipresente del idioma francés, Québec se impone al recién llegado como un universo aparte, sea en lo cultural, en lo político o en lo propiamente “humano”. No todos arriban desprevenidos. Obviamente, el gobierno quebequense – que selecciona a todos los inmigrantes autónomos – se ocupa de insistir sobre el carácter singular de la provincia. Sin embargo, en mi experiencia, lo que predomina es la sorpresa ante lo poco “canadiense” de esta sociedad. Claro está que lo “canadiense” corresponde en gran medida a la imaginación y, también, a la idealización del mundo “desarrollado”, en especial su versión anglosajona.

Es verdad que casi todos los inmigrantes, en dónde sea, han pasado por una fase de desilusión. Como en cualquier relación de idilio, la convivencia cotidiana aporta su dosis de fricciones y desencantos. Se deja un país corrupto, violento e injusto para ser parte del “Primer Mundo”. Cuando se constata que éste también contiene bolsones de exclusión, de discriminación y de incompetencia, el desengaño es inevitable. Pero este fenómeno, común en todas partes, parece adquirir una mayor envergadura en Québec. Irónicamente, la “latinidad” de Québec tan apreciada por los demás canadienses – que disfrutan como turistas de la espontaneidad, la calidez y la creatividad de esta cultura – es a veces percibida como un defecto: “esto parece Latinoamérica”, dirán algunos, quejándose de cosas tan diversas como el tráfico caótico, la burocracia estatal o el nacionalismo apasionado al que adhieren tantos francófonos.

* Este texto fue publicado en el libro *Ruptures, Continuities and Re-learning. The Political Participation of Latin Americans in Canada* (Jorge Ginieniwicz & Daniel Schugurensky, editors, Toronto: Ontario Institute for Studies in Education of the University of Toronto, 2006).

** Profesor de Sociología, Université du Québec à Montréal.

Basándome en mi propia experiencia como inmigrante argentino en Montreal, así como en los resultados de mis investigaciones como sociólogo y mis conversaciones informales con inmigrantes latinoamericanos y con nativos quebequenses (muchos de ellos mis estudiantes en la universidad), voy a proponer en este breve texto algunas ideas en torno al encuentro de las dos “latinidades americanas” en Québec. Me permito aquí el uso de esta expresión (tal vez sorprendente para algunos lectores) pues creo – sin poder demostrarlo “científicamente” – que existen efectivamente denominadores comunes en la identidad de ambas colectividades y que esos denominadores comunes tienen que ver con la “manera de ser” latina y americana. Esto no implica, por supuesto, que yo considere a Québec como parte de América Latina. Me refiero a una cosmovisión compartida que se manifiesta en diversos ámbitos y que se destaca con particular ímpetu en la cultura política.

Pero antes de entrar en el terreno de la especulación, veamos algunos datos y hechos relativos a la inmigración latinoamericana a Québec. No es mi intención exponer estadísticas, sino subrayar algunas tendencias generales. La comunidad de origen latinoamericano en esta provincia ha atravesado diferentes etapas de crecimiento y su composición ha variado con el correr de los años. Puede hablarse, esquemáticamente, de un primer momento caracterizado por la llegada de refugiados políticos: con el golpe militar de Pinochet, miles de chilenos se radicaron en Québec, atraídos por importantes campañas de solidaridad internacional en las que las afinidades políticas tuvieron un peso decisivo. En los años ochenta, los conflictos armados en América Central dieron lugar a un flujo significativo de refugiados, con un contingente particularmente nutrido de hombres y mujeres provenientes de El Salvador. Los más politizados generaron vínculos con grupos locales, pero muchos de estos inmigrantes encontraron obstáculos para su integración a la sociedad quebequense, especialmente debido a su falta de dominio del francés y a sus escasos antecedentes laborales.

Un segundo período corresponde al arribo de quienes han sido a veces denominados “refugiados económicos”. Aunque muchos de ellos se escapaban también de situaciones de violencia y represión, su motivación primordial era la de buscar nuevos horizontes cuando sus países, en medio del ajuste neoliberal de los años noventa, los excluía del campo laboral y les negaba un futuro viable. Varios miles de personas, originarios de países como Argentina, Brasil, Colombia

y Perú, se instalaron en Montreal e intentaron, no siempre con éxito, insertarse en la sociedad quebequense. Una proporción considerable se desplazó hacia Ontario o hacia el Oeste del país persiguiendo mejores oportunidades. En efecto, es necesario recordar que la economía de la región de Montreal se hallaba deprimida y que las políticas sociales fueron drásticamente reducidas durante esa década.

Si bien el flujo de refugiados políticos y económicos no se ha detenido, hay que notar el surgimiento de una tercera ola de arribos desde América Latina, sobre todo desde principios de los años 2000. Estos nuevos inmigrantes – que llamaré “refugiados socioculturales” – presentan un perfil distinto al de períodos anteriores. Se trata, en general, de familias de clase media (soy consciente del problema que el uso de este concepto plantea en el contexto latinoamericano) cuyos miembros adultos cuentan con una formación universitaria y experiencia profesional. Su llegada es comparativamente menos masiva en términos cuantitativos, pero su impacto es considerable, fundamentalmente por su capacidad de consumo, su relativa facilidad de integración y sus aspiraciones de movilidad social. Este fenómeno no es por cierto único: las crisis económicas (como la de Argentina en 2001), las situaciones de inseguridad personal (como en Brasil y en Colombia) y la insatisfacción con el clima político (como en Venezuela) llevan a algunos sectores de la clase media a emigrar, más por elección que por necesidad.

Es bien sabido que muchos de ellos, especialmente los que poseen recursos, se orientan hacia lugares como Miami y otras ciudades de los Estados Unidos. Pero Canadá se ofrece como un espacio más abierto – con leyes de inmigración más generosas – e ideológicamente más aceptable para quienes comparten el disgusto hacia las políticas actuales de Washington. ¿Qué ocurre con Québec en este contexto? El gobierno provincial, consciente de la “oferta” de inmigrantes educados y económicamente dinámicos, ha desarrollado desde hace varios años una política agresiva de “reclutamiento” de familias en América Latina. ¿Cuál es uno de los argumentos principales que utilizan los agentes de promoción para convencerlos de que elijan a Montreal en vez de Toronto (o Miami, o Sydney)? Pues justamente el carácter a la vez norteamericano y latino de la sociedad quebequense. Vuelvo entonces al tema inicial: ¿qué hay de cierto en esta supuesta latinidad común?

“Somos los latinos del Norte”, había exclamado un ex-primer ministro de Québec al recibir a una delegación comercial sudamericana. Obviamente, se trataba de un gesto de bienvenida, pero también expresaba una clara y calculada actitud del gobierno: intentar posicionarse como nexo entre las dos Américas. Como sabemos, toda estrategia retórica, para tener algún efecto en sus destinatarios, requiere una cuota de verosimilitud. Esto es, podemos ensalzar la realidad y endulzar nuestras palabras – como se dice, “dorar la píldora” – pero lo que enunciamos debe resonar con una verdad, por minúscula que ésta sea. Hay algo en la idea de “ser latinos” que seduce a los quebequenses mismos cuando esta latinidad remite, claro está, a los aspectos favorables del estereotipo: sinceridad y autenticidad (frente a la presunta superficialidad o hipocresía nórdica), humor y jovialidad (frente a la severidad y a la moderación puritanas), espiritualidad y nobleza (frente al materialismo y al pragmatismo anglosajones).

No hace falta aclarar que semejantes clichés, con sus connotaciones de superioridad y de inferioridad respectivas, carecen de mayor validez. Sin embargo, no debemos tampoco desecharlos como simples resabios de un pensamiento arcaico. Se trata, en efecto, de generalizaciones y de prejuicios que no cabe legitimar en la sociedad actual, pero cuyos fundamentos merecen ser examinados. Los chilenos que inmigraron a Québec en los años setenta lo hicieron en el marco de una fuerte corriente de simpatía que emanaba aquí de los ámbitos intelectuales, sindicales y militantes de la época. La lucha por la “liberación nacional” de Québec encontraba en los socialistas latinoamericanos – real o imaginariamente – un aliado de peso. El vocabulario estatista y desarrollista, el sentimiento antiamericano, las referencias ideológicas comunes (desde la admiración por el Che Guevara hasta la crítica del colonialismo y del imperialismo), todo este bagaje ha suscitado múltiples encuentros en el campo político.

De hecho, aunque los tiempos han cambiado substancialmente, la noción de que los latinoamericanos son quienes mejor pueden entender políticamente a los quebequenses está aún muy presente. No hay más que mencionar el papel precursor de la sociedad civil de Québec en el movimiento continental contra el libre comercio y su influencia en el diálogo “globalofóbico” interamericano. Es justamente por esta afinidad política que ciertos grupos federalistas han denunciado la operación de atracción de inmigrantes latinoamericanos impulsada por el gobierno del Parti Québécois, calificándola de artimaña separatista. Según algunos estudios, la

colectividad latinoamericana sería aparentemente la más predispuesta – junto a la haitiana – a votar por la independencia de Québec. Aunque tal argumento nos parezca demasiado cínico, es innegable que muchos analistas en esta provincia tienden a considerar que los latinoamericanos son más “integrables” que los miembros de otras comunidades.

Ahora bien, si esta impresión se confirmara en los hechos, deberíamos observar una presencia relativamente significativa – comparada con la de otras minorías – de los inmigrantes latinoamericanos en la política quebequense. Sin embargo, esto no es así. A menudo se menciona el caso de Osvaldo Nuñez, un diputado de origen chileno. Nuñez, un ex-funcionario del gobierno de Salvador Allende refugiado en Montreal en 1974, ganó su banca como candidato del Bloc Québécois en 1993. Si bien algunos lo consideran un ejemplo de integración política, otros señalan el carácter excepcional de su trayectoria. Un caso más reciente, el de Pablo Rodríguez, es también ambiguo. Nacido en Argentina e hijo de refugiados políticos de ese país que llegaron a Montreal en los años setenta, Rodríguez fue elegido en los comicios federales de 2004 como candidato del Partido Liberal. Señalemos que este parlamentario nunca hizo de su identidad latinoamericana un elemento importante de su campaña electoral ni de sus funciones parlamentarias.

En otras palabras, la afinidad política entre “latinos del norte” y “latinos del sur” no parece traducirse en una verdadera apertura hacia los inmigrantes. Esta falta de apertura puede utilizarse como argumento contra mi hipótesis inicial: quienes me contradigan me plantearán que los quebequenses afirman su latinidad cuando les conviene y que, en realidad, cuando se trata de darle real cabida a los “sureños”, son tan “norteños” como los otros... Pero, a mi juicio, la cuestión es más complicada. Aunque, efectivamente, la presencia de individuos de origen latinoamericano en la escena política no esté a la altura de lo que podría esperarse, la inserción relativamente exitosa de muchos de ellos se constata en otras esferas de la vida pública. Cuando se compara con otros grupos “étnicos”, la distancia cultural con respecto a la sociedad mayoritaria es claramente menor. Esto se ve en diversos espacios, como el educativo, el artístico y el comunitario. ¿Por qué entonces el bloqueo a nivel propiamente político?

El conflicto nacional en Québec genera una divisoria de aguas: ningún asunto público queda afuera del debate en torno a la autonomía de la sociedad quebequense en el seno de la confederación, a la protección del idioma francés y a una eventual ruptura con Canadá. Evidentemente, esta tensión generalizada crea una lógica de antagonismos: es virtualmente imposible no pronunciarse “por” o “contra” y esto pone a los inmigrantes en una posición particularmente delicada. Si bien suele tenerse la imagen de un apoyo monolítico de los “neocanadienses” a la causa federalista, la realidad es que una gran proporción de ellos preferiría mantenerse al margen de ese debate, pues no perciben una contradicción fundamental entre la “distinción” quebequense – que muchos aprecian – y la ciudadanía canadiense a la que adhieren con entusiasmo y orgullo. No es entonces sorprendente que la vida política en Québec no resulte atractiva para aquellos que se han radicado aquí en busca de mejores oportunidades individuales y de una mayor armonía social.

Insisto: la afinidad cultural – incluyendo la dimensión política – es patente. La matriz latina tiene aún vigencia en Québec, aunque de manera atenuada y transformada por su contacto constante e intenso con la matriz anglosajona. En efecto, la latinidad quebequense ha mutado de tal forma que, en algunos sentidos, se ha acercado al universo cultural escandinavo, alejándose así tanto del espacio latinoamericano como del espacio norteamericano: pensemos en las actitudes de tolerancia frente a los estilos de vida alternativos (incluyendo ciertos comportamientos ilegales) y a las decisiones personales no convencionales (en relación, por ejemplo, al suicidio y a la eutanasia). Sin embargo, muchos de los valores éticos y estéticos de los quebequenses – a veces en lo superficial y a veces a un nivel muy profundo – se inscriben todavía en la nebulosa latina (digo “nebulosa” para marcar el carácter vago y fluido de toda matriz cultural).

El escritor uruguayo José Enrique Rodó simbolizó en 1900 la antinomia cultural del continente americano: el personaje Ariel representa la parte noble, elevada, espiritual y heroica de la Razón – la tradición grecorromana de la que la América ibérica y católica es heredera – mientras que Calibán encarna la inteligencia concreta, pragmática y egoísta que vive en el presente inmediato. Rodó escribe para denunciar la “nordomanía” de la juventud latinoamericana que, encandilada por el éxito económico de los Estados Unidos, abandona su esencia latina. Fascinada y seducida por el modernismo y la impudencia del Calibán del norte, la nueva generación se “des-latiniza”.

Esta metáfora – algo excesiva por supuesto – expresa el dilema de cada inmigrante: Calibán nos atrae, pero también nos repele. Muchos de los que llegan a Québec se sienten burlados cuando, a la vuelta de cada esquina, es Ariel quien los recibe. No el Ariel idealizado por Rodó, sino el espejo de lo que somos como latinos y de lo que quisimos dejar atrás cuando nos fuimos de nuestras tierras natales.

Como latinoamericanos, entendemos mejor que nadie el nacionalismo quebequense y podemos simpatizar con su resentimiento frente a la arrogancia de las potencias del norte que nos hablan en inglés. Compartimos el complejo de inferioridad que hemos interiorizado a lo largo de décadas de dependencia y de desaciertos. Es por ello que muchos de los latinoamericanos que elegimos quedarnos en Québec sentimos una ambivalencia frente a la sociedad en la que hemos echado raíces (esta ambivalencia es especialmente intensa entre los “refugiados socioculturales”). El aire de familia es omnipresente: esto *podría* ser América Latina – la encontramos en los cafés, en los barrios, en los placeres del cuerpo y del alma que esta cultura ofrece – pero nos frustra cuando en el trabajo, en la administración y en los asuntos públicos nos topamos con algunos rasgos menos interesantes de la idiosincrasia latina que tan bien conocemos. No puedo concluir estas reflexiones sin responder a la crítica que anticipo en más de un lector: no creo en las identidades unívocas y permanentes, no hago del “ser latino” una entidad trascendente. Caer en esa trampa sería un error moral y fáctico. Pero negar el peso y la inercia de la cultura en la que nos construimos como seres sociales es, en mi humilde opinión, pecar de ingenuidad sociológica.